

CAPITULO III

LA IDEA DEL ARTE

- I. El arte divino.—II. El arte humano.—III. Fin del arte.
- IV. Las diferentes artes.

I

Como Sócrates, si Platón fué filósofo, fué también artista. Dracón fué su maestro de música en su juventud; aprendió la pintura; finalmente, antes de escribir sus diálogos, había compuesto muchos versos. Aun cuando ignorásemos todos estos detalles, ahí están las obras de Platón para darnos testimonio de cuán sensible fué á la belleza, y acaso, siguiendo de antemano la marcha que enseña en la dialéctica, admiró primero las bellas formas, los hermosos rostros, las bellas poesías, las bellas canciones, antes de gustar el encanto austero de las bellezas filosóficas. Pero una vez entregado por entero á la filosofía, parece haber mostrado algún desdén por las artes que en otra época habían sido su encanto; si las acepta, no es sino á condición de transformarlas y elevarlas á la altura de la filosofía misma. Esto es lo que resultará de sus opiniones sobre la naturaleza, el objeto, el origen y el fin del arte.

«El arte de crear ó de obrar tiene dos partes.—¿Cuáles?—Una divina, otra humana. Hemos llamado potencia capaz de obrar á toda potencia que es causa de que lo que no era llegue á ser. Todos los seres vivos mortales, los vegetales que crecen, ya de una raiz, ya de una semilla, en la superficie de la tierra; los cuerpos inanimados fusibles y no fusibles contenidos en su seno, ¿qué otra causa sino una potencia divina ha podido hacerles pasar del no-ser al ser?... Las cosas que se dice producidas por la naturaleza son obra de un arte divino; las que los hombres *componen con estas* son obra de un arte humano y, por consiguiente, hay dos maneras de hacer, una humana, otra divina...» En cada una de estas artes, Platón establece una subdivisión: el arte de producir las cosas mismas y el arte de producir las semejanzas ó de imitar. «¿No decimos que el arte humano hace una verdadera casa mediante la arquitectura, y que por la pintura hace otra, que es una especie de sueño forjado por nosotros á uso de gentes despiertas? Todas nuestras obras pueden ser reducidas de esta suerte á nuestras dos maneras de obrar: la cosa misma, á nuestro arte de hacer las cosas; el simulacro, á nuestro arte de hacer simulacros.»

El arte humano es, pues, análogo al arte divino, y no se puede comprender el primero sin la inteligencia del segundo. Si el deber del hombre es imitar á Dios en todas las cosas, el artista verdadero será el que más se asemeje al eterno artista. El *Timeo* nos muestra á los dioses inferiores acomodándose en la formación del hombre y de los animales al ejemplo dado por el Padre de los dioses (1). «Dioses descendientes

(1) Los dioses inferiores parecen designar las grandes almas *plásticas* de los astros.

de un Dios, aplicaos, según vuestra naturaleza, á formar estos animales, imitando la potencia que yo mismo he desplegado en vuestra formación.» El hombre, á su vez, cuando crea, debe imitar, en la medida de su debilidad, las creaciones divinas.

Ahora bien; ¿cómo ha procedido Dios en la formación del mundo? Todo arte, como hemos visto, consiste en producir realidades ó imágenes. Este doble poder de que habla el *Sofista*, es atribuido por Platón á Dios y presenta ejemplos de ello en el libro X de la *República* y en el *Tímeo*. Dios, según Platón, es el autor de las *esencias*, que son las cosas verdaderamente reales. Los objetos más vulgares—el hecho, por ejemplo—tienen una razón de ser eterna que Dios concibe, razón de posibilidad que constituye una realidad superior. «Dios hace por sí mismo la esencia del hecho y la de todas las demás cosas.» El conjunto de las Ideas forma un modelo viviente de perfección, un ideal supremo que es al mismo tiempo la suprema realidad. Dios es, por lo tanto, artista bajo este primer aspecto de producir y realizar eternamente el ideal en sí mismo. Posee la primera parte del arte: la que consiste en crear realidades. Posee igualmente la segunda: la que consiste en producir imágenes; porque el mundo, su obra, es la imagen de las Ideas. No se debe creer por esto que el mundo esté enteramente despojado de realidad, porque la imagen, dice el *Cratylo*, no es lo contrario absoluto de la realidad; el no-ser, dice el *Sofista*, no es lo contrario absoluto del ser. Sea de ello lo que quiera, Dios es el autor de las apariencias sensibles como de las esencias inteligibles. Produce en sí mismo el modelo de todas las cosas posibles, y fijando sus miradas en este ejemplar eterno, crea esa gran obra de arte que es el mundo.

II

El artista humano, para semejarse á Dios, deberá también concebir un ideal de belleza é imitarlo mediante elementos suministrados por la naturaleza. En efecto, «el artista que, con la mirada siempre fija en el ser inmutable y sirviéndose de semejante modelo, reproduce la Idea y la virtud, no puede menos de crear un todo de una belleza perfecta; mientras que el que tiene la mirada fija en lo transitorio, con ese modelo perecedero, no hará nada bien». Platón distingue, por lo tanto, dos especies de imitación: la de las Ideas eternas y la de los objetos perecederos. Hay, igualmente, dos especies de artistas ó *poetas* (ποιηται): los que toman por objeto lo divino, y los que imitan servilmente, ya las cosas materiales, ya los sentimientos, las pasiones, los vicios, las ridiculeces de la humanidad. A estos últimos da, en el libro X de la *República*, el nombre de *poetas imitadores por antonomasia*. Hay dos musas, dice en el libro VII de las *Leyes*, y aunque puedan ser ambas agradables, poseen, sin embargo, un carácter muy distinto. La *Musa amiga del orden y de la sabiduría* tiene la ventaja de hacer mejores á sus discípulos; la *Musa vulgar y halagadora* acaba ordinariamente por corromperlos.

Platón habla con el mayor desprecio de las artes que se limitan á la imitación de la realidad sin proponerse un ideal de belleza moral. ¿A qué viene, en efecto, imitar lo que ya existía, si no se le añade nada? ¿Qué cosa más despreciable que esta tarea desde cualquier punto de vista que se examine? Preguntad al metafísico cuál es la categoría, por decirlo así,

Muchos intérpretes han visto aquí una condenación de todas las artes, sin excepción alguna. Es que no han observado la distinción establecida por el mismo Platón entre las dos especies de imitación, una material, otra ideal; entre las dos musas, una que habla á los sentidos, otra al espíritu. Platón sólo condena la imitación de la realidad sin alcance moral, y tiene el desacierto de colocar á Homero entre estos vulgares «imitadores».

Otros críticos han creído que Platón ponía el objeto del arte en la reproducción de la realidad. Emeric David se halaga de hallar en Platón un apoyo á su doctrina. Vemos, sin embargo, cuál es el desdén del discípulo de Sócrates por las artes de imitación. Ritter incurre en el mismo error, y atribuye á Platón la doctrina de la imitación material, la cual refutará nuevamente algo más adelante.

La verdad es que Platón, lejos de inclinarse hacia el realismo en el arte, tendría, por el contrario, á un idealismo exagerado y menos artístico que moral. De ello nos convenceremos leyendo el libro II de las *Leyes*. Platón demuestra allí, en términos muy claros, que el fin, el objeto del arte, no es ni el placer ni la simple imitación de la naturaleza, sino la expresión de un ideal de belleza, que confunde con el ideal de la virtud.

III

A primera vista parece que las artes tienen por fin el placer que procuran. «El placer es el fin de las fiestas; está en orden que la victoria y todos los honores sean para el que más haya contribuido al placer de la

asamblea.» Pero un poco de reflexión disipa este error. Si se declarase, dice Platón, que *el premio pertenecería al que haya divertido más á los espectadores*, cualesquiera que fuesen los medios empleados, he aquí lo que resultaría. Llegarían concurrentes de todas partes. «Unos vendrían á recitar algún poema heroico, como hubiera podido hacerlo Homero; otros cantarían versos en el laúd; éste desempeñaría una tragedia, aquél una comedia. No me extrañaría que viniera algún charlatán con títeres, y que confiase más que ningún otro en la victoria. Y en efecto, si se constituye en jueces á los niños, ¿no es cierto que se declararían por el charlatán? El sufragio de los adultos será para el poeta cómico; el de las mujeres de ingenio cultivado y de la mayoría de los espectadores, para el poeta trágico.» En cuanto á los viejos, preferirán la epopeya. ¿Cómo, pues, dar un fallo acertado y una regla verdadera en este conflicto de variados sentimientos? «La musa más bella es la que agrada á los que valen más, ó aunque sea á uno solo, con tal de que valga más que los otros.» El placer en las artes no es sino un medio. Su fin es más elevado.

¿Consiste en la imitación exacta de la naturaleza? Ciertamente; no se puede negar que la exactitud en la reproducción es un mérito necesario. «Los ancianos, que buscan la más perfecta música, no se darán á la que es agradable, sino á la que es *exacta*; y la exactitud de la imitación consiste, como hemos dicho, en la justa representación de la cosa imitada.» De la misma manera, un pintor debe respetar la verdad en sus imitaciones; es preciso que el recién llegado pueda reconocer los objetos representados. Pero, ¿es esto suficiente? «Cuando sabemos que la cosa que el artista ha querido representar en el lienzo ó en el mármol es

un hombre y que ha retratado fielmente todas sus partes, con el color y la figura convenientes, ¿se sigue necesariamente de ahí que se esté en estado de juzgar de un golpe de vista la *belleza* de una obra ó sus defectos?—*En este caso, todos conocieramos á fondo la pintura.*—Tienes razón. En general, por lo que toca á esta imitación, sea en pintura, en música ó en cualquier otro arte, ¿no es necesario, para ser juez competente, conocer *estas tres cosas*: en primer lugar, el objeto imitado; en segundo lugar, si la imitación es exacta; por último, *si es bella*, ya esta imitación se haga por la palabra, ya por la melodía, ya por la medida? Este pasaje decisivo prueba que, según Platón, la *imitación de los objetos*, es un medio; la *expresión de lo bello*, el fin verdadero, y el *placer*, un simple resultado que no tiene valor sino por los sentimientos cuyo efecto es. El único fin del arte es la belleza ideal.

En la danza, por ejemplo, «la belleza proviene de una *exacta* imitación de los cuerpos *hermosos* y de las *hermosas* almas, mientras que *ordinariamente la imitación sólo recae sobre el cuerpo*; he ahí lo que, en ese género, es *belleza*, y lo contrario no puede llamarse bello.» Este pasaje está en perfecta armonía con la teoría anterior; la imitación debe ser *exacta*, y además, debe tomar por objeto lo *bello*. Sólo que hay que comprender bien lo que Platón entiende por esta belleza. El objeto que las artes representan las más de las veces es el alma humana con todas sus pasiones. Ahora bien; el alma no es *bella* sino á medida que es *buena*. Para Platón, lo bello es idéntico al bien, y en particular, la belleza del alma es idéntica á su perfección moral. Platón no se da cuenta de que puede haber en el alma y en sus facultades naturales elementos de belleza ajena á la belleza moral, producto

de la razón y de la voluntad. Gracias á esta observación incompleta, llega á transformar el ideal del artista en el del moralista. La ciencia de lo bello es absorbida en la ciencia de la virtud, bajo pretexto de que la Idea de la belleza en sí es idéntica á la Idea del bien en sí.

De aquí se desprenden dos grandes consecuencias; una relativa á la estética, otra á la política. El ideal del artista es el bien moral; el deber, ley suprema de la voluntad. Este ideal se confunde con el concepto del orden; es sublime, pero abstracto. La vida, con el desenvolvimiento, varía de sus potencias; la sensibilidad, con todas sus pasiones, están enteramente excluidas del arte. Los poemas, por ejemplo, se convierten en colecciones de máximas filosóficas. Es un idealismo tan austero como incompatible con las verdaderas condiciones del arte (1). ¿Cómo extrañarse de encontrar nuevamente en la estética de Platón las mismas tendencias que en su metafísica? La teoría de las Ideas da por resultado la concentración de toda realidad en lo que es uno, eterno, inmóvil; lo universal lo es todo; el individuo, nada. Lo mismo debía suceder con la teoría del arte. Nada de pasiones ni movimientos; nada de caracteres vivientes é individuales, sino la majestad de lo universal y la perfección uniforme de una virtud sobrehumana. Entre el arte material que se limita á la imitación de lo real y el arte abstracto que se pierde en la filosofía moral, Platón no ha visto término medio.

Las consecuencias políticas son más graves todavía

(1) No podemos admitir las razones por las cuales pretende Levêque justificar á Platón del reproche de idealismo abstracto en el arte. Levêque mismo confiesa que Platón ha sacrificado el elemento de la potencia al del orden (*Ibidem*, tomo II).

que las consecuencias estéticas. Es la subordinación más completa del arte á la voluntad del legislador. En lugar de lo que llamaba la teatocracia, nos propone una especie de teocracia, ó más bien, si es permitido fabricar á ejemplo suyo una palabra nueva, de sofocracia. Sigámosle en la apreciación de las diferentes artes, y veremos producirse esta doble consecuencia de su teoría.

IV

Las artes tienen por objeto «la disciplina del placer y del dolor» mediante lo bello. «Los dioses, compadecidos del género humano condenado por su naturaleza al trabajo, nos han concedido intervalos de reposo en la sucesión de fiestas instituidas en su honor; han querido que las Musas, Apolo su jefe, y Baco, las celebrasen de consuno con nosotros.» Todos los placeres que dimanán de la vista y del oído y que tienen por objeto las formas, los movimientos y los sonidos, pueden dar nacimiento á distintas artes. No sucede así con otros placeres, por ejemplo, los del gusto y del olfato; no conteniendo ningún elemento inteligible fácil de percibir, permanecen ajenos á la belleza. La educación debe hacer predominar los primeros sobre los segundos, sirviéndose de las artes como auxiliares.

Pasemos revista á los principales placeres naturales de donde las artes toman origen. «No hay casi ningún animal que, cuando es joven, pueda tener su cuerpo y su lengua en un estado de tranquilidad, y no haga incesantemente esfuerzos por moverse y gritar. Así se ve á unos saltar y correr como si una impre-

sión de placer les invitase al baile, mientras que otros ensordecen el espacio con mil gritos diferentes. Pero ningún animal tiene el sentimiento del *orden* ó del *desorden* en los movimientos, ni de lo que llamamos *medida* ó *armonía*, en tanto que las mismas divinidades que presiden nuestras fiestas nos han dado el sentimiento de la medida junto con el del placer. Este sentimiento regula nuestros movimientos bajo la dirección de los dioses, y nos enseña á formar entre nosotros una especie de cadena por el canto y la danza.» Así, pues, de una parte, el placer, y de otra, la idea de orden, son el origen á la vez psicológico y metafísico de las artes. Reducid al hombre al placer, rebajadlo al nivel de los animales, y habréis hecho imposible todo arte. Pero haced intervenir la razón que concibe la idea y el amor que la persigue; y al punto el placer, «cosa móvil é indefinida», tomará la forma inmutable de la belleza; y esta sumisión de los caprichos de la sensibilidad á las leyes de la razón, esta disciplina del placer por «la armonía y la medida», engendra la diversidad de las artes con la unidad del fin, que es el perfeccionamiento del alma.

Platón muestra marcada predilección por el arte de los coros, que abarca el canto y la danza; porque en ningún otro arte desempeñan un papel más importante la medida, la armonía y el *número*. Platón es naturalmente amante de las formas y leyes matemáticas, porque despiertan la idea del orden, que es uno de los tres «aspectos» principales del bien. El movimiento y el sonido, con mayor razón que todas las demás cosas, están sometidos á las reglas matemáticas. Por otra parte, el moralista se une siempre en Platón al matemático; tanto más cuanto que la idea de orden y regla domina en moral. Desde este nuevo punto de

vista, el canto y la danza se captan las simpatías de Platón, porque en la voz y en los movimientos es donde con más claridad se refleja la belleza ó fealdad del alma. «¿En qué haremos, por lo tanto, consistir la belleza de una figura ó de una melodía? Dime: los gestos y el tono de voz de un hombre valeroso en una situación penosa y violenta, ¿se parecen á los de un hombre cobarde en circunstancias semejantes?... Toda figura, toda melodía que expresa las buenas cualidades del alma ó del cuerpo, en sí mismas, ó por imagen, es bella; lo contrario sucede si expresa sus malas cualidades.»

A causa de la armonía el oído ha recibido la facultad de percibir los sonidos musicales. «Cuando se cultiva con inteligencia el comercio de las musas, la *armonía*, cuyos movimientos son semejantes á los de nuestra alma, no parece destinada á servir, como lo hace ahora, para frívolos placeres; las musas nos la han dado para ayudarnos á regular y someter á sus leyes los movimientos desordenados de nuestra alma, como nos han dado el *ritmo* para reformar los modales poco mesurados y graciosos de la mayoría de los hombres.» La voz humana es, pues, el instrumento musical por excelencia. Platón rechaza también el empleo de los instrumentos sin acompañamiento de voces humanas, que llama un charlatanismo y una barbarie. «Nunca las Musas mezclarían gritos de animales, voces humanas y sonidos de instrumentos.» Es envilecer el arte aspirar á la imitación grosera de los sonidos de la naturaleza ó de los gritos de los animales. Sólo la voz, órgano del alma, puede hablar al alma.

Este análisis da por resultado una notable definición de la música: *Es el arte que, regulando la voz, llega al*

alma y le inspira el gusto de la virtud. La virtud; tal es el fin de la música, como de todas las artes. «Jamás se atreverá á decir nadie que las danzas y los cantos del vicio son más bellos que los de la virtud, ni que haya placer en las figuras que expresan el vicio; verdad es que la mayoría hacen consistir la esencia y perfección de la música en el poder que tiene de afectar agradablemente al alma, pero este lenguaje es insoportable.» He aquí el origen de nuestros errores en este punto. Como la danza y el canto no son más que una *imitación de las costumbres*, los que presencian danzas *adecuadas al carácter que han recibido de la naturaleza y de la educación*, les agradan y dicen que son bellas. Las almas sanas se complacen en el espectáculo de la verdadera belleza, al contrario de las almas corrompidas. La música afeminada y la danza impúdica no son, por consiguiente, propias sino para aumentar la corrupción de los malvados y corromper á los mismos buenos, porque *se hace uno semejante al objeto de su contemplación, del mismo modo que llega uno á parecerse á aquellos con quienes agrada vivir*. Enfrente de tal peligro, el Estado, guardián supremo de la moral en el sistema político de Platón, no puede permanecer indiferente. Es necesario que intervenga para someter á reglas la música y la danza y para guiarlas á su verdadero fin. El fin del arte, como sabemos, no es el placer, sino la Idea; cuanto más se aproxima al placer, más se corrompe; cuanto más se acerca á la Idea, más se purifica. Ahora bien; el placer es una cosa móvil, amiga del cambio y de la novedad, en tanto que la Idea es inmutable. Toda innovación en las artes es, pues, un homenaje tributado, no á la Idea, sino al placer. La Musa que busca su éxito en la variedad de goces es una Musa *halagado-*

ra, y por lo mismo corruptora; porque, una vez que se ha dejado al placer tomar la delantera, su insaciabilidad va en aumento, y no se satisface sino cuando el segundo elemento del arte (la Idea de lo bello) le ha sido sacrificado.

Tal es la transición por la cual llega Platón á proscribir severamente toda innovación artística. Toma por modelo á Egipto, donde desde hace diez mil años las obras de pintura y de escultura no han cambiado; á Egipto, donde las melodías sagradas se han conservado intactas desde el día en que Isis las enseñó á los sacerdotes de su culto. Así, por una reacción exagerada, aunque natural, contra los excesos y la licencia de los artistas griegos, el sentimiento helénico de la libertad, de la personalidad y del progreso sustituye en Platón al espíritu absoluto é inmutable del Oriente.

Platón trata menos favorablemente á la poesía que á la música y la danza. Hace en el *Fedro* y en el *Ion* el elogio del delirio; pero la ironía está muy cerca del elogio. Hay, dice, cuatro clases de delirio: el del amor verdadero, que, lejos de ser un mal, es el origen de los mayores bienes; el de los iniciados, cuando celebran los misterios y participan del conocimiento de las verdades que contienen; el de los profetas y de las sacerdotisas inspiradas; y, finalmente, el delirio de los grandes poetas, enviado por las Musas. «La inspiración, impregnando un alma delicada y pura, la anima, la transporta y la hace cantar himnos ú otros poemas en alabanza de los antiguos héroes; por eso sirve para instruir á las razas puras. Pero el que se aproxima al santuario poético de las Musas sin estar poseído del delirio, y se persuade de que el arte basta para hacer un poeta, no llegará jamás á la perfección; su fría poesía será siempre eclipsada por la del

la compasión por el héroe que nos interesa, se une la admiración por el talento del poeta, que nos pone de algún modo en el mismo estado que el héroe... La poesía imitativa produce en nosotros el mismo efecto, con relación al amor, la cólera y todas las pasiones del alma, agradables ó penosas, por las que estamos sin cesar obsesionados, según hemos reconocido. Nutre y fomenta en nosotros estas pasiones, las hace señoras de nuestra alma, cuando, por el contrario, se debiera hacerlas perecer por falta de alicientes, y erigirnos en dueños de nosotros mismos, si queremos llegar á ser felices y virtuosos, no malvados y miserables.» Los estoicos no proscribieron con mayor energía las pasiones más generosas, como la piedad. La consecuencia de esta doctrina es la supresión de la epopeya y de la tragedia, géneros *patéticos*, así como de la comedia, cuyas bufonías son indignas de un hombre de bien.

No obstante, en las *Leyes* la comedia es aceptada por Platón. «No se puede conocer bien lo serio, dice, si no se conoce lo ridículo, ni, en general, los contrarios, si no son conocidos sus contrarios, y esta comparación sirve para formar el juicio.» Platón no se da cuenta de que este principio, si es valedero para la comedia, lo es igualmente para la tragedia; proscribida toda representación de las pasiones, y, sobre todo, de los vicios, y quiere que todo héroe escogido por un poeta ofrezca la imagen de la perfección. Con semejantes condiciones no hay drama ni epopeya, y la conclusión es que «no se debe admitir en la república otras obras de poesía que los himnos en honor de los dioses, y los elogios de los grandes hombres.»

En cuanto á la elocuencia, se sabe que Platón le ha consagrado dos diálogos: el *Fedro* y el *Gorgias*. La

Retórica, especie de atracción de las almas (*ψυχαγωγία*), es el arte de conducir los espíritus por la palabra, en los tribunales y en las asambleas políticas, y hasta en las conversaciones particulares. En otros términos, es el arte de la persuasión. Pero hay dos especies de persuasión: la que produce la simple creencia y la que produce la ciencia. La retórica vulgar y *halagadora* se contenta con la primera; la verdadera retórica aspira á la segunda, y procura á los hombres el mayor de los bienes, la verdad. Todas las cualidades de un buen orador están resumidas en esta frase: «Antes de conocer la verdadera naturaleza de cada cosa de que hablamos y escribimos; antes de saber dar una definición general y de poder dividirla luego en sus partes indivisibles; antes de haber profundizado la naturaleza del alma; antes de saber disponer y ordenar sus discursos...; antes de todo esto, es imposible manejar perfectamente el arte de la palabra». El orador es, por consiguiente, ante todo, filósofo, por la universalidad y profundidad de sus conocimientos. Saber la *verdadera naturaleza* de cada cosa es juzgarla, no según la apariencia, sino según la esencia; es reducirla á la Idea. El orador es igualmente filósofo por el método que emplea, y que no es otra cosa que el arte de definir y dividir: la dialéctica. Es filósofo especialmente por el conocimiento de las almas, que es indispensable. «Puesto que la virtud del discurso es persuadir á las almas, el que quiera ser orador debe saber cuántas especies de almas hay y las cualidades por las que unas se diferencian de otras.» El orador debe apropiarse sus palabras al carácter del oyente, y para eso es menester que tenga un conocimiento profundo del corazón humano. El perfecto orador es, ante todo, un sabio, un filósofo, un dialéctico, un psicólogo. Pero tam-

bién debe ser artista; hasta es necesario que haya recibido de la naturaleza cierto talento de la palabra, *φύσις: ῥητορικῆ εἶναι*. Platón no analiza este talento: es para él análogo á la inspiración poética. Pero sabido es que explica las diversas clases de inspiración por la fuerza del amor. El amor de lo bello forma los grandes poetas; el amor de lo verdadero los filósofos; el amor de lo verdadero y de lo bello hará á los grandes oradores. El arte y la filosofía se reconcilian en la elocuencia. La retórica digna de este nombre, sostiene, pues, lo *verdadero* por medio de lo *bello*, y (añadimos para completar) enfrente de lo *bello*. El orador verdadero no busca el poderío, las riquezas, los honores, la impunidad, para él ó para los demás, sólo aspira á hacer á los hombres justos, y, por tanto, dichosos.

Las grandes Ideas del bien, de la belleza y de la verdad, dominan, por lo tanto, la retórica, como dominan todas las demás artes. La estética de Platón se desprende de su metafísica; tiene sus grandezas y sus imperfecciones. En el arte, como en la ciencia, Platón aminora lo más que puede las realidades particulares, el movimiento, la vida individual, y aumenta cada vez más la parte de lo universal, de la unidad inmutable, de la Idea.
